

EL ESPACIO TRANSFORMADO

El efecto del paso del tiempo sobre los edificios no siempre responde a las mismas circunstancias. Si en ocasiones se produce una adaptación continua a lo largo de los años para mantenerlos en las condiciones para las que fueron proyectados, en numerosos casos las obras de arquitectura sufren modificaciones, introducen reformas, o son objeto de intervenciones que los amplían, dando lugar a una nueva obra, distinta a la original, en la que las actuaciones llevadas a cabo producen una transformación del espacio construido. Los límites en los que estas modificaciones se desarrollan definen el grado de transformación que puede alcanzar la obra primitiva sin llegar a perder su identidad, su estructura formal y equilibrio. El espacio transformado expresa entonces la relación entre lo que se amplía y lo ampliado, donde el diálogo entre ambas define la opción que el arquitecto toma ante la tarea de completar, extender o modificar la obra de otro autor.

La arquitectura como adición nace condicionada por sus propios límites. La interacción de relaciones semánticas entre lo viejo y lo nuevo, entre la arquitectura y el medio convertido en algo cercano y tangible, potencia el valor del encuentro por contraste o similitud, en definitiva por la tensión que provoca el nexo entre las dos piezas. Nexo que se manifiesta tanto en su valor abstracto o de relación entre ellas, como en su valor concreto o de fragmento del espacio común donde se produce el encuentro físico entre lo existente y lo nuevo. Las opciones dentro de aquellos límites son diversas e incluso opuestas. Desde aquellas que hacen de la semejanza de los rasgos formales y la aceptación del modelo preexistente la razón fundamental de la intervención, y la justificación de miméticos resultados, hasta aquellas otras que sienten la necesidad de enfrentar a la obra anterior un nuevo elemento autónomo y diferenciable.

La historia de la arquitectura es rica en ejemplos. La ejecución de las grandes catedrales góticas sobre el trazado románico, o los grandes edificios civiles en sus múltiples extensiones y modificaciones han superpuesto formas y estilos en un proceso largo y complejo, dilatado en el tiempo. Ante el problema concreto, las posturas adoptadas por el arquitecto al intervenir sobre la obra de otro autor son muy diferentes. La simple completación de lo inacabado, la extensión que linealmente se lleva a cabo de la idea previa, las anexiones en respuesta a nuevas necesidades, que no rehúsan ni cuestionan el modelo primitivo, representan actitudes respetuosas pero menos osadas que otras en las que la agregación o suma de elementos parciales se sucede de forma natural a través del tiempo y llega a transformar definitivamente el edificio original.

La arquitectura moderna ha utilizado con frecuencia la idea de collage o yuxtaposición de elementos donde cada uno de ellos mantiene su autonomía, como instrumento proyectual que justifica la radical confrontación de formas y lenguajes. Pero ello no significa que la arquitectura de este siglo no haya producido obras de ampliación cuya personalidad y decidida presencia se muestra en armonía con la arquitectura original. La ampliación del Palacio

Comunal de Göteborg de Gunnar Asplund, tradicionalmente entendido como un problema compositivo entre fachadas, constituye un emblemático ejemplo de la voluntad integradora conseguida a través del nuevo lenguaje. La Galería de Arte de Yale de Louis Kahn, revisitada en este número, se olvida voluntariamente de problemas compositivos derivados del enfrentamiento con el edificio al que amplía. Es el orden interior y la relación entre los materiales lo que elabora por contraste una arquitectura abstracta yuxtapuesta a la existencia y sólo sutilmente ligada a ella por el equilibrio de proporciones y la austera continuidad de ciertas líneas. Más recientemente, Aldo van Eyck en el edificio para la Casa de Madres Solteras de Amsterdam introduce el uso del color y de materiales como el acero y el vidrio como base para una adición sensible y rigurosa, atenta a la escala y a las solicitudes del medio en que interviene.

Se incluyen en este número obras cuya característica común es la de ser intervenciones que alteran en gran medida los edificios preexistentes sobre los que actúan, desde rehabilitaciones que transforman el espacio interno del edificio y sólo muy puntualmente modifican el aspecto exterior del contenedor original, hasta ampliaciones cuya escala supera con creces el ámbito de la propia obra sobre la que tienen lugar. Así la Galería de Kahn en Yale, ya citada, es resultado de una decidida actitud que propone una rotunda adición al antiguo museo claramente diferenciada. La obra de Sáenz de Oiza para la nueva Embajada de España en Bruselas se muestra aquí como caso singular en su condición de proyecto de fachadas para un edificio convencional de oficinas previamente proyectado por otro arquitecto. No es pues el concepto de adición o ampliación sino el de transformación el que caracteriza el proyecto de Oiza y desde el cual debe ser juzgado. La estación de Atocha ampliada por Rafael Moneo, aún inacabada, se puede entender por su dimensión e influencia en la escala urbana más como un nuevo edificio que como una ampliación de la vieja estación ya que una vez ejecute todo el proyecto, el volumen ampliado será mayor al primitivo. La propuesta de Moneo trata de evitar —en la articulación, proporción y disposición de sus elementos— un predominio de la ampliación sobre la antigua estación caracterizada significativamente por su imagen y su situación en la ciudad. Finalmente, la rehabilitación del teatro de Rojas en Toledo es muestra de la habilidad de sus autores por establecer unos límites en su labor restauradora en un punto que permite una radical transformación de los espacios interiores e incluso, parcialmente, la modificación de la imagen exterior del edificio.

Las diferentes posturas posibles reflejan actitudes que no deben, sin embargo, olvidar que el planteamiento del problema de la intervención en un edificio —como adición, extensión o modificación— es antes un ejercicio de escala y proporción, de equilibrio, que un mero problema de lenguaje arquitectónico, y que desde ese punto de vista la arquitectura manifiesta una de las características que le son más propias, su capacidad para transformar el espacio.